

Leoncio Guerrero (1)

## El gallo loco (2)



A mañana esparce su amplia claridad sobre el poblado. Los pastos emanan aromas picantes al estímulo del rocío. El silencio es perturbado solamente por el mugido de las vacas, llamando a sus crías, o por el grito de un arriero. Las casas, grises, achaparradas, abren el interminable bostezo de sus corredores. Chirrían las puertas, una a una. Las mujeres, aún desgrednadas, suben por la única calle a buscar el pan amasado. Los gallos lanzan sus alertas circulares.

—¡María, Maríaaaa!...

—¡Señoora!...

—Mira, anda y saca la gallina que está sola con el gallo blanco en la jaba. Se la está comiendo el bandido...

—Bueno, señora; voy.

La muchacha se va desperezándose, los brazos tras la nuca y los senos enhiestos. Levanta la armazón de varillas y coge por las alas a la desprevenida gallina que descansa al lado de su gallo.

---

(1) Nació en Constitución (Maule) en 1910. Ha publicado «Pichamán» y «Faluchos». En su obra, de marcada intención social en sus comienzos, se mezclan la preocupación psicológica y la aptitud plástica para transportar el paisaje y su ambiente.

(2) Inédito.

Chilla al principio. Luego se calla. El gallo pone el grito en el cielo. Le quitan su última hembra. Y eso no puede ser. Las otras han ido cayendo a la olla sucesivamente. El ha podido consolarse con la pobre vieja que ahora le llevan. Es cierto que le ha desplumado el losno, hecho una papilla sanguinolenta la cresta. El orgulloso y vital gallo Rhode Island, erguida la cabeza hasta casi tocar el techo de la jaba, lanza al húmedo aire de la mañana, toda la protesta de la especie que puede caber en su agudo y estridente grito. Los gallos de la vecindad corean su llamado con el mismo tono de angustia instintiva.

—Kikirikiii.

Y el largo atuendo se hace sangre en los ojos del gallo. La pobre ave da vueltas y revueltas hiriéndose con las astillas de las quilas entretejidas que le separan de la libertad. ¡Ah, si pudiera evadirse! Destrozaría las manos ladronas y crueles que le quitan su descanso. Mas, sólo puede correr en el sendero sin fin del cuadrado contorno que los hombres le han asignado a su vida alimenticia.

—Kikirikiii—acuchilla el espacio y su angustia se pierde hacia el lado de las dunas o se quiebra contra los cerros del oriente. Es el deseo galopando, haciéndose sangre en la cresta escarlata o en las callosidades asesinas de los espolones. La pobre y fiera ave continúa su interminable viaje del hambre sexual por el rudo caminillo de las quilas enemigas y sádicas. Las pupilas se le han enrojecido y brillan como dos puntos encendidos y extraviados. Sus círculos se estrechan, haciendo la rueda a una gallina imaginaria, que debe estar echada en el centro de la jaba. Arrastra las alas y espolea el suelo, arrullándola con su cloqueo. Todo es rojo para él, todo: el círculo que se empina sobre las montañas, el fuego que crepita en la cocina en donde hierve el agua que habrá de descañonar el cuerpo amarillo de la vieja gallina que cuelga de las patas en un poste, desprovista de sus plumas, desnuda e inerte. Rojo, rojo como sus pupilas o como su enhiesta cresta. De un salto, cubre a su hembra, que ahora lo

es la humilde tierra arenosa, hembra del mundo, siempre en espera del deseo muerto. Allí queda atontado. Sin embargo, la vida le llama y, en un aleteo desesperado, intenta levantarse, pero la tierra le retiene una pata. Y gira y gira, rayando el suelo con la punta del ala. Un ronco estertor se escapa de su pico abierto y babeante. Los ojos, fijos en la nada.

—¡María, María!—grita la voz de la floja y cómoda señora, desde su cama—Ese gallo se ha vuelto loco. Hay que matarlo para que no se pierda.

En pocos minutos está también colgando del mismo poste, laxo, tranquilo ya, al lado de su hembra, más allá del ser y del deseo.

Don Manuel, el inefable esposo de la señora que está en cama, toma su desayuno. Paladea el café acuoso y, entre sorbo y sorbo, mordisquea medio pan «de mujer caliente», vagueante, lubricado de mantequilla.

—Rica cazuela vamos a tener—dice con su voz gangosa.

—Rica—le contestan desde la cama. —Ese gallo se volvió loco porque le mataron la gallina, Manuel.

—Lo que me pasaría a mí si me quitaran mi mujer.

—Sí, alabancioso. Para el caso que me haces. Pero como hay otras gallinas...

—Buenos días—interrumpe Güencho, el tonto de la carnicería de don Pascual.

Junto a él pasa la regordeta María, la misma que mató a la gallina y al gallo. El tonto se detiene bruscamente y clava sus pupilas en las formas sensuales de la sirvienta. Lo saca de su concentración la voz ruda y burlona de don Manuel.

—Ya está el tonto de los diablos con la boca abierta mirando a la María. Pídele una taza de desayuno, será mejor.

—Je, je, je—ríe el cretino, soltando la mirada de las anchas caderas de la mucama que va y viene en sus quehaceres.

—El pobre está enamorado de la María y lo peor es que ni lo llevan, le hiere doña Telva, la vieja cocinera.

—Sí, así le parece, pero tiene que ser mía.

—Claro, pos; estropajo—se burla la muchacha; —descañonando al gallo—no te vaya a pasar como a éste, no más.

—Sí, es malo jugarse con juego...

—Ven, será mejor, a tomar desayuno.

Güencho va al rincón del corredor y allí, sentado en el escaño, mastica el delicioso pan, remojándolo con el aguachirle del café. Come en silencio, siguiendo los movimientos de la muchacha que no repara en absoluto en la admiración de su galán. La señora trajina en el dormitorio. Se siente el chapoteo del agua en el lavabo.

—Aquí tienes el azúcar, hombre, le grita María, colocándole delante un azucarero, movimiento que aprovechará aquél para levantarle las faldas en un audaz tanteo.

—¡Maldito idiota! Voy a decirle a la señora que anda mano-seándola a una donde la encuentra. Está bueno ya. Parece que no le hubieran amarrado las manos cuando chico, miren no...

Güencho no la oye. Sólo ven sus ojos a su alcance un cuerpo relleno. Chasquea la lengua y la mira impudicamente. María siente el arañazo del deseo y huye de la cocina. Don Manuel ríe a carcajadas. Ha estado observándolo todo. El tonto se ha desinflado como un espantapájaros, después de la ráfaga y sus manos cuelgan lacias.

—Bueno con el Güencho, el gallo—bromea, sin gracia, el dueño de casa. —Tienes que matar ese cordero. Para eso te mandé llamar. Toma luego tu café y... manos a la obra. ¿Oyes? —Un murmullo contesta, ahogado por un mordisco de pan y un sorbo. Pronto termina de cortar el pan con los blancos y fuertes dientes de costino y se dirige a la cocina a coger las herramientas.

—Toma, mequetefe,—se le adelanta María, lanzándole lejos el cuchillo y el astil. El los toma y, siempre mirándola, empieza a afilar el cuchillo con ritmo de cueca.

—Mariíta, aliste el balde para la sangre.

El corderillo, amarrado a la cerca, bala lastimeramente. Güencho se acerca a él y lo derriba, atándole cruzadas las negras patas. El animalillo no hace más pelea que unos débiles estirones. Luego se queda quieto esperando con sus ojos dulcemente lacrimosos.

—Ya, apúrense con el cajón.

—Ya, pues, su mercé, ya voy—le grita irritada la muchacha.

Güencho coloca el cordero sobre el cajón, la cabeza colgante, tenso el cuello lanudo. El astil y el cuchillo repiquetean en sus manos. María ha colocado debajo un tiesto. El cuchillo alisa la lana, formando el senderillo por donde se introduce violenta y cruelmente. Una gotita de sangre, primero, mancha el blanco vellón. Luego, todo el filo hace tremenda herida y una gran boca roma empieza a sangrar a borbotones. Por allí se escapa el aire de la respiración. Güencho se detiene levantando con el cuchillo el esófago semicortado y se queda mirando a María, que en cucullas, acerca el tiesto para no perder una gota. Vuelve la vista al tajo. A María y al tajo. A la herida y a María. ¿Acaso les encuentra semejanza? ¿La boca de la muchacha es la herida de animal, o la herida, la boca sensual y palpitante? Una nube ha empañado la mirada del mozo. Se excita: la sangre, la boca, las piernas entreabiertas de la hembra. Está a su merced. Podría matarla. De un estirón corta el cartílago. El animal tiritita a intervalos. Crugen las vértebras y la cabeza queda unida sólo por el cuero de la nuca. María se va con su sopera llena, paladeando ya el delicioso «ñachi». Güencho no la ha visto irse. Ni la siente. Sólo tiene ojos para el corderillo que tiritita con sus patas amarradas y que vuelve hacia la muerte sus mansos ojos. Trabaja sin detenerse, con una furia sensual. Desata las manecas y las patas se distienden con la rigidez de la última pereza, en una inútil libertad. El cuerpo está flácido. Güencho sonríe satisfecho. Ha sido un asesinato maestro. Acaso él también siente el cansancio feliz de los espasmos. Cree ver allí tendida, inerte a María después

del abrazo. Sacude la cabeza como despertando de un sueño y busca a su alrededor. Pero, como no ve a nadie, se concentra en la labor de despellejar al cordero. Las mujeres han salido en busca de leña y agua. Güencho coge una pata trasera y le hace un corte. Por allí introduce el redondo astil repetidas veces hasta formar un agujero. Se hinca y, estirando los labios de la herida del pellejito suelto, sopla con todas sus fuerzas, descansando, a veces, mientras aprieta y suelta los dedos como si tocase la flauta. El aire penetra por entre el cuero y la carne y al animal se hincha lentamente. Las patas adquieren rigidez, apuntando al cielo con sus cuatro negras pezuñas. Es un corderillo de juguete, compuesto de un cilindro lanudo y cuatro patas de palo. Cuando cree que ya se ha hinchado lo bastante, después de darle violentas bofetadas en las fofas y roncadas carnes, amarra un cáñamo más bajo de la herida, y se yergue, tomándose la espalda adolorida con el brazo. ¡ Ah, aquel cuerpo ensanchado, tirante, sin un pliegue, encinta de la muerte! Se ha transformado en el de María, aguardándolo, envuelto aún en la ropa blanca y cálida. Quiere desnudarla. Los ojos están húmedos y brillantes. Con la punta del cuchillo traza una huella, desde la garganta rojiza hasta la cola. El cuero se rasga y, al abrirse, deja ver los blancos tejidos. El rasguño continúa sus sinuosidades por las patas. El muchacho tiene prisa. Con un puño rechaza el cuerpo y tira hacia sí del cuero, que cede desprendiéndose. Hunde, a continuación, el cuchillo en el vientre, partiéndolo con un chasquido de carnes rasgadas. Introduce la mano ávida en las entrañas, extrayendo las humeantes vísceras que arroja a la acequia. El olor picante y cálido lo exacerba. Un furor incontrolado lo impulsa. Rodea las coyunturas de las rodillas con un círculo afilado y las quiebra. El cuerpo del cordero está abierto, con sus carnes blancas y sensuales, ofreciéndose. Guencho se ha quedado quieto con las manos en las caderas, la víctima entre sus pies. Sí, sí, es María. Por fin ha sido suya, después de desearla tanto tiempo. Ahí está vencida. El quiere hacerle sentir su triunfo y su fuerza. Toma en

brazos el albó y sangrante cuerpecillo y lo cuelga de un clavo, rompiendo los tendones de las corvas. La cabeza se azota, la sangre salta y el cuero, no desprendido del todo, pende de la nuca como un abrigo de pieles... Va en busca de un balde de agua y vuelve a lavar la herida de la garganta, hecha por los besos acerados del cuchillo. De un tirón arranca el pellejo y lo arroja lejos. Desnudez total, entrega absoluta. Carne alba por fuera, rojiza por dentro.

—Qui'hubo, Guencho, ¿está listo el cordero ya?—le interrumpe la voz de María que vuelve con un manajo de ramas. Güencho sacude la cabeza y mira alternativamente a la muchacha y al cordero, a la piltrafa colgante y al cuerpo lleno de María. Poco a poco su mirada pierde el brillo y se torna opaca, triste, desesperanzada, María se va riendo con su risa cascada e insolente de hembra ruda y provocativa...

Güencho, con las manos en los bolsillos, va por el camino del cerro, más allá de los eucaliptus. La chupalla echada atrás, el camión abierto, dejando al viento y al sol un pecho peludo y recio de muchachote en pleno desarrollo físico. Carga con fuerza el desnudo y casposo pie abriendo los dedos por donde salta la cálida arena. Va mordiéndose el labio inferior, señal de preocupación. ¿Pero qué puede inquietar a un tarado mental, si no es lo instintivo? Y, en efecto, siente los violentos estirones del deseo insatisfecho. Las muchachas no lo quieren. ¿Por qué? No sabe enamorarlas. Es torpe. Y es, además, feo, muy feo con su cabellera despeinada, cayéndole sobre la estrecha frente. La nariz chata, como modelada a bofetadas, sobre los dientes anchos y disparejos. El agua no molesta sus mejillas, ni sus manos, ni su cuello, ni su cuerpo. Es el animal con todos sus hedores y todas sus potencias, errante por la comarca. Su madre, una vieja borracha que lo engendró sin saberlo, murió mordida por los perros una noche que intentaba robar en un huerto. Y así creció el «tonto pícaro», como le llamaban por unir las dos antagónicas

cualidades psicológicas. La arena del camino reverbera, trémula. A la distancia, ve formarse la figura alucinante de María. María. María. Es fuerte, es sana, es ancha como el Maule, es voluptuosa como las yeguas. Su memoria táctil recuerda la dureza y macicez de las piernas; la visual, los senos enhiestos; la olfativa el picante afrodisíaco olor de su cuerpo. ¡Ah, si la encontrase allí, a solas! No se le escaparía. ¿Por qué no? Por allí va a buscar la vaca. El viento del mar, salobre y amplio, canta en el follaje de los eucaliptos. El silencio del campo se extiende y se agazapa. Un olor a excrementos de animales llega hasta la nariz de Güencho. Ni un alma en derredor. Sólo zumbidos de moscos o de colihuachos cargosos. De las casas lejanas vienen ladridos o gritos. El muchacho, cansado y vibrante, se deja caer sobre la arena boca abajo cubriéndola. El aroma de los hojas holladas y el fresco aire del mar lo moderan. Allí se hubiera dormido, si no es por una voz de mujer que lo hace llamar:

—¡Güenchooo!

Es ella. ¡María! Pero ¿estará viendo visiones?

—Güenchooo, la vaaca.

Es ella. Esta vez no se le escapará. Se apresta al asalto, como la güiña de los montes. Mas, ¿qué sucede? No es María. Es una oveja. La risa ha sido su balido. ¡Maldito animal! El otro día se convirtió en María. Ya se las pagará.

—Güencho—grita más cerca la voz.

—Es María. No hay dudas.

Agazapándose entre los matorrales, busca sus huellas. El chasquido de las ramas secas al quebrarse marcan la dirección que sigue la muchacha. Ella lo ve venir y huye. El idiota es peligroso en despoblado. María es ágil y rápida, pero Güencho es una liebre. No le importan los obstáculos. A riesgo de despeñarse, hace la cortada, trepando por una puntilla del cerro.

—¡Ayayayy!... Soc... —alcanza a gemir la desventurada mucama al ver delante de ella la cara de bestia en celo que se le viene encima. Atrapa a María como si atrapase a una oveja,

de un zarpazo. La mujer cae de espaldas en la arena caliente y el animal sobre ella. Se defiende con desesperación, poniéndolo en jaque con su fuerza de campesina fornida. La bestia la magulla, desgarrándole las vestiduras. A girones, se desprenden el delantal, el corpiño... La sangre, que mana de los surcos que en su cara le han trazado los dedos desesperados, no le atemoriza. Por el contrario, lo excita diabólicamente. Coge una gran piedra y golpea la cabeza de la víctima que se distiende en un temblor agónico. ¡Y no la posee! El asesino ríe, descansando. Se levanta y empieza a sacarse la chaqueta. La cuelga en un gancho. Extrae el cuchillo que siempre le acompaña y que tanto le sirve para mondar una papa, cortar una varilla, castrar un animal o defenderse de algún enemigo. Ya no se interesa por el cuerpo moreno, rendido a sus pies en una postura lúbrica. Sólo atiende a su profesión: debe descuartizar ese cordero para el puesto de don Froilán. Se lo pidió en la mañana. Y tiene que entregarlo luego. Pone manos a la obra. Manea al animal con su faja roja, coloca el cuerpo en un altillo, estira la garganta y el corvo traza el camino de la sangre, que salta chispeando. Con la mano izquierda mantiene la tensión de la cabeza, mientras con la derecha se suena las narices. Cuando cree que la sangre ya se ha vaciado toda, desmanea. Corta transversalmente el cuero de una pierna y sopla por allí con la maestría de un flautista. El aliento corre por debajo como un río de vida y el cuerpo se hincha monstruosamente. La punta del cuchillo rasga desde la barbilla hasta bajo el vientre. El pellejo fino, con «lana» solamente en la cabeza, se desprende con un chasquido escalofriante. La grasa blanca cubre tendones y músculos. Cercena, de dos exactos tajos en las articulaciones, manos y pies, y los arroja entre unas zarzas. Luego toma en brazos, amorosamente, como a un niño dormido, el inerte cuerpo sonrosado. Lo lava hasta no dejarle ni el más leve resto de sangre y lo cuelga de una rama quebrada.

Güencho descansa, resoplando. Las manos en las caderas, observa su obra, y sonrío satisfecho. ¡Qué hermosa y maciza oveja!

¡Pero qué trabajo le ha dado! ¡Como ninguna! Por algo está gorda y es grande. ¡Qué agradable es llevarla en brazos! Es un placer que le estremece todo el ser, con un cosquilleo extraño y sensual.

Mas, debe llevarla pronto a la Carnicería. Se la van a arrebatar. Hay que darse prisa, porque su cuerpo está deseando a María, a la loba María que tanto le huye. ¡Pero la va a coger de repente! ¡Para que sepa quién es él!